



Saki Laura

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LAURA

SAKI

**PUBLICADO: 1914
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LAURA

—¿No te estás muriendo de verdad, verdad? —preguntó Amanda.

—Tengo el permiso del médico para vivir hasta el martes —dijo Laura.

—¡Pero si hoy es sábado; esto es grave! —exclamó Amanda, ahogando un grito.

—No sé si es grave; lo que sí es cierto es que es sábado —dijo Laura.

—La muerte siempre es grave —dijo Amanda.

—Yo no he dicho que vaya a morir. Presumiblemente voy a dejar de ser Laura, pero seguiré siendo algo. Un animal de algún tipo, supongo. Ya ves, cuando uno no ha sido muy bueno en la vida que acaba de vivir, reencarna en algún organismo inferior. Y yo no he sido muy buena, si se piensa bien. He sido mezquina, ruin y vengativa, y todo eso, cuando las circunstancias parecían justificarlo.

—Las circunstancias nunca justifican ese tipo de cosas —dijo Amanda con precipitación.

—Si no te importa que te lo diga —observó Laura—, Egbert es una circunstancia que justificaría una buena cantidad de todo eso. Tú estás casada con él, eso es distinto; has jurado amarlo, honrarlo y soportarlo: yo no.

—No veo qué tiene de malo Egbert —protestó Amanda.

—Oh, supongo que la culpa ha sido mía —admitió Laura con desamparo—; él ha sido simplemente la circunstancia atenuante. Armó un

alboroto mezquino y malhumorado, por ejemplo, cuando me llevé a correr los cachorros del collie de la granja el otro día.

—Persiguieron a las jóvenes crías de sus Sussex jaspeadas y echaron a dos gallinas cluecas de sus nidos, además de correr por todos los arriates. Ya sabes lo entregado que está a sus aves y su jardín.

—De todos modos, no tenía por qué haberse pasado toda la velada dándole vueltas y luego decir «no hablemos más del asunto» justo cuando yo empezaba a disfrutar de la discusión. Ahí fue donde entró una de mis pequeñas venganzas mezquinas —añadió Laura con una risita impenitente—: al día siguiente del episodio de los cachorros metí a toda la familia de Sussex jaspeadas en su cobertizo de semilleros.

—¿Cómo pudiste? —exclamó Amanda.

—Fue muy fácil —dijo Laura—; dos de las gallinas fingieron estar poniendo en ese momento, pero yo fui inflexible.

—¡Y nosotros pensamos que había sido un accidente!

—Ya ves —reanudó Laura—, que *realmente* tengo motivos para suponer que mi próxima encarnación será en un organismo inferior. Seré un animal de algún tipo. Por otra parte, no he sido tan mala a mi manera, así que creo que puedo contar con ser un animal agradable, algo elegante y vivaz, con amor por la diversión. Una nutria, quizás.

—No te imagino como nutria —dijo Amanda.

—Bueno, supongo que tampoco me imaginas como ángel, si vamos a eso —dijo Laura.

Amanda guardó silencio. No podía.

—Personalmente creo que la vida de nutria sería bastante agradable —continuó Laura—; salmón para comer todo el año, y la satisfacción de poder atrapar a las truchas en sus propias casas sin tener que esperar horas a que se dignen subir a morder la mosca que llevas horas agitando ante ellas; y una figura elegante y esbelta...

—Piensa en los perros nutria —intervino Amanda—; ¡qué espanto que te persigan, te acosen y al final te maten a dentelladas!

—Bastante divertido con medio vecindario mirando, y de todos modos no peor que este asunto del sábado al martes de morir poco a poco; y luego pasaría a ser otra cosa. Si hubiera sido una nutria moderadamente buena supongo que volvería a tener forma humana de algún tipo; probablemente algo bastante primitivo: un niño nubio moreno, pequeño y sin ropa, creo.

—Ojalá te tomaras esto en serio —suspiró Amanda—; realmente deberías, si solo vas a vivir hasta el martes.

De hecho, Laura murió el lunes.

—Es terriblemente molesto —se quejó Amanda a su tío político, Sir Lulworth Quayne—. He invitado a bastante gente para el golf y la pesca, y los rododendros están justo en su mejor momento.

—Laura siempre fue una desconsiderada —dijo Sir Lulworth—; nació durante la semana de Goodwood, cuando había un embajador alojado en la casa que no soportaba a los bebés.

—Tenía las ideas más descabelladas —dijo Amanda—; ¿sabe usted si había algún caso de locura en su familia?

—¿Locura? No, nunca he oído nada al respecto. Su padre vive en West Kensington, pero creo que está cuerdo en todos los demás temas.

—Tenía la idea de que iba a reencarnar como nutria —dijo Amanda.

—Uno se encuentra con esas ideas sobre la reencarnación con tanta frecuencia, incluso en Occidente —dijo Sir Lulworth—, que difícilmente se las puede considerar una locura. Y Laura era una persona tan imprevisible en esta vida que no me atrevería a establecer reglas definitivas sobre lo que podría estar haciendo en un estado posterior.

—¿Cree usted que realmente podría haber pasado a alguna forma animal? —preguntó Amanda. Era de las que moldean sus opiniones con bastante facilidad desde el punto de vista de quienes las rodean.

Justo entonces entró Egbert en el desayunador, con un aire de pesadumbre que la muerte de Laura, por sí sola, no habría bastado para explicar.

—Han matado cuatro de mis Sussex jaspeadas —exclamó—; precisamente las cuatro que iban a ir a la exposición el viernes. A una se la llevaron arrastrando y se la comieron en medio mismo del arriate de claveles nuevos

en el que tanto esfuerzo y dinero he invertido. Mi mejor arriate y mis mejores aves, escogidos para ser destruidos; casi parece como si el bruto que lo hizo supiera exactamente cómo causar el mayor daño posible en el menor tiempo.

—¿Crees que fue un zorro? —preguntó Amanda.

—Suenan más bien a turón —dijo Sir Lulworth.

—No —dijo Egbert—, había huellas de patas palmeadas por todas partes, y seguimos el rastro hasta el arroyo al fondo del jardín; claramente una nutria.

Amanda lanzó una mirada rápida y furtiva a Sir Lulworth.

Egbert estaba demasiado agitado para desayunar y salió a supervisar el refuerzo de las defensas del gallinero.

—Podría haber esperado al menos a que pasara el funeral —dijo Amanda con voz escandalizada.

—Es su propio funeral, ya sabes —dijo Sir Lulworth—; es un delicado punto de etiqueta hasta qué punto debe uno mostrar respeto por sus propios restos mortales.

La falta de respeto por las convenciones funerarias llegó aún más lejos al día siguiente; durante la ausencia de la familia en la ceremonia del entierro, los supervivientes restantes de las Sussex jaspeadas fueron masacrados. La línea de retirada del merodeador parecía haber abarcado la mayor parte de los arriates del jardín, pero los fresales en la parte baja también habían sufrido.

—Voy a traer los perros nutria aquí en cuanto sea posible —dijo Egbert con rabia.

—¡De ninguna manera! ¡Ni se te ocurra! —exclamó Amanda—. Quiero decir, no estaría bien, tan pronto después de un funeral en casa.

—Es una cuestión de necesidad —dijo Egbert—; una vez que una nutria se aficiona a esas cosas, no para.

—Quizás se vaya a otro sitio ahora que no quedan más aves —sugirió Amanda.

—Cualquiera diría que quieres proteger al animal —dijo Egbert.

—Últimamente hay tan poca agua en el arroyo —objetó Amanda—; parece muy poco deportivo cazar a un animal cuando tiene tan pocas posibilidades de refugiarse en algún sitio.

—¡Santo cielo! —se indignó Egbert—. No estoy pensando en el deporte. Quiero que maten al animal cuanto antes.

Incluso la resistencia de Amanda cedió cuando, durante la misa del domingo siguiente, la nutria se metió en la casa, robó medio salmón de la despensa y lo destrozó hasta reducirlo a escamosos fragmentos sobre la alfombra persa del estudio de Egbert.

—No tardará en esconderse bajo nuestras camas y arrancarnos pedazos de los pies —dijo Egbert, y por lo que Amanda sabía de esta nutria en concreto, la posibilidad no le parecía en absoluto remota.

La tarde anterior al día fijado para la batida, Amanda pasó una hora a solas paseando por las orillas del arroyo, emitiendo lo que ella imaginaba que eran sonidos de perros de caza. Los que la oyeron supusieron caritativamente que estaba ensayando imitaciones de animales de granja para el próximo espectáculo del pueblo.

Fue su amiga y vecina Aurora Burret quien le trajo noticias de la jornada.

—Lástima que no estuvieras; fue un día muy bueno. La encontramos enseguida, en el remanso justo debajo de vuestro jardín.

—¿La... matasteis? —preguntó Amanda.

—Claro. Una nutria hembra magnífica. Tu marido se llevó bastante mala mordedura intentando agarrarla por la cola. Pobrecilla, me dio bastante lástima, tenía una mirada tan humana en los ojos cuando la mataron. Dirás que soy una tonta, pero ¿sabes a quién me recordó esa mirada? Cielos, mujer, ¿qué te pasa?

Cuando Amanda se hubo repuesto en cierta medida de su ataque de postulación nerviosa, Egbert la llevó al valle del Nilo a recuperarse. El cambio de aires obró pronto el deseado restablecimiento de la salud y el equilibrio mental. Las correrías de una atrevida nutria en busca de variedad en su dieta fueron vistas en su justa perspectiva. El temperamento habitualmente apacible de Amanda volvió a imponerse. Ni siquiera una tormenta de insultos a

voz en grito, procedente del cuarto de vestir de su marido, con la voz de su marido pero con un vocabulario que distaba mucho del habitual en él, logró perturbar su serenidad mientras se arreglaba tranquilamente una tarde en un hotel de El Cairo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó con curiosidad divertida.

—¡El condenado animal ha tirado todas mis camisas limpias a la bañera! ¡Espera que te pille, maldito...!

—¿Qué animal? —preguntó Amanda, reprimiendo las ganas de reír; el vocabulario de Egbert resultaba desesperadamente inadecuado para expresar la indignación que sentía.

—Un animal de un niño nubio moreno y desnudo —balbució Egbert.

Y ahora Amanda está gravemente enferma.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB